

ros que se mezclan en los asuntos de su patria: «Si la asamblea nacional decretó que habia de ser condicion espresa la cualidad de francés para la eligibilidad á los empleos públicos, fué porque estaba convencida que no es prudente que la nacion confie la direccion de sus negocios á un hombre que no tendrá interés alguno en regirlos debidamente, antes puede tenerlo muy contrario; fué que habia calculado de antemano la influencia que ejerce el amor á la patria, y porque conoció la importancia de que prevaleciese esta pasion gloriosa. ¿Porque sucede pues que, supeditando el espíritu que dictó aquel decreto, admitan los nacionales á los estrangeros en sus deliberaciones? ¿Porque se les da entrada en los clubs y sociedades fraternales, siendo ellos los que proponen y hacen aprobar las mociones mas incendiarias? (*Pache y Marat* eran suizos, *Dubuisson y Pereyra* belgas, *Dufourny* italiano, *Anacarsis Clootz* prusiano, *Miranda y Guzman* españoles, los dos hermanos *Frey y Proly* austríacos, etc.) Quisiéra que se me esplicase ¿qué interés tan urgente animaba á ese hombre de Neuchatel que queria presentar una peticion á la asamblea nacional al frente de seis mil personas? ¿Con que derecho venia ese estranero á influir en las deliberaciones de los representantes de la nacion francesa? En Atenas habia una ley que condenaba á la pena de muerte á todo estranero que se mezclase en las reuniones del pueblo, porque se consideraba que usurpaba la soberanía. En Francia debiéra castigarse con prision al que se ingeriese en nuestras cosas políticas. Y esto fué tanto mas necesario por cuanto es notorio que Pitt y el rey de Prusia mantienen emisarios en la capital, prometiéndose mas fruto de su infame patriotismo que de la fuerza de su ejército, y no es menos evidente que hay quebrados y sujetos espulsados por sus crímenes del seno de todas las naciones, que se difunden por Paris, para escitar desórdenes, con la esperanza de aprovecharse de los trastornos para reparar sus descalabros. Mientras oigamos los insidiosos consejos de semejantes hombres, no puede haber seguridad para nosotros. ¿No fué por ventura la mayor inconsecuencia de una revolucion el admitir á los estrangeros en nuestras discusiones políticas? ¿No hubiéra en ello algo de esa vanidad francesa que, con

la mira de escitar la admiracion, se abisma en un precipicio de desgracias? ¡Ya se ve! ¡se nos ha repetido tantas veces que nuestra constitucion fué algun dia la de todos los pueblos, y que la escarapela nacional daria la vuelta al mundo! Sepamos gozar sin ostentacion, dejémonos de aspirar á la vanagloria de establecer la libertad universal; y, al paso que reprobamos los misioneros religiosos, no imitemos su ejemplo con un ardor descomedido de propagar nuestros principios, lo que mas bien arguye ganas de brillar que una verdadera felicidad.»

¿Puede darse cosa mejor concebida, mas rápida y espresada con mas finura? ¡Qué prevision! ¡qué osadía y qué prudencia al mismo tiempo en una muger! Con ello habria lo suficiente para acreditarse el hombre de estado mas profundo y elocuente.

Muchos han dicho inexactamente que era ciega entusiasta del duque de Orleans, y que le ensalzaba en todas partes. Su hijo estaba colocado en clase de ingeniero en un departamento del infantazgo de este príncipe, y ella idolatraba por este hijo: «Mi única felicidad sobre la tierra consiste en la de mi hijo (1).» (*Carta á los representantes de la nacion*, pág. 3.) Sin embargo de que tenia interés en contemporizar con el duque, arrastrada por el calor de la verdad, escribióle con aquel espíritu penetrante que siempre la caracteriza, luego despues de haber regresado de Inglaterra, á poco de haber ocurrido los trastornos de octubre: «Tened presente, monseñor, el honroso destierro que habeis sufrido, y que con este motivo erais el idolo de la Francia; pero vuestro regreso, sin haber sido llamado, obscurece algun tanto vuestra gloria. Vuestro viage á Inglaterra, en circunstancias tan críticas para la nacion, estuvo á punto de desacreditaros en la opinion pública. Tened presente, monseñor, que el público, compues-

(1) Muy mal le correspondió su hijo cuando al recibir la noticia de su muerte puso en manos del representante del pueblo Duroy, en Chalons, á 17 de brumario del año 2, una profesion de fé en que desaprobó los escritos de Olimpia de Gouges, aprobó la sentencia del tribunal revolucionario, declaró que ya no la reconocia por madre y que en su título rayaba el nombre de esa muger porque le llenaba de oprobio.

Nos abstenemos de calificar un acto semejante.

to de todas las clases, es un juez muy severo.... La Francia se halla en este momento en tal efervescencia, que no parece sino que trata de terminar la carrera que con tanto brillo ha emprendido, principiando de nuevo la que produjeron todos los trastornos de Inglaterra. Diríase que un Cromwell, oculto entre los franceses, impele los ánimos hácia las conmociones para presentarse un día á nuestra vista, omnipotente! ¡Tal vez el terror ha prohibido esta fantasma, y nos hace temer nuevas cadenas forjadas por la mano de un tirano ó un usurpador! ¡Quién mejor que vos, monseñor, puede tranquilizar á los franceses?... En vuestro palacio se reúne sinnúmero de energúmenos, cuyos discursos y violencias atemorizan la capital; los operarios carecen de trabajo y el pobre de pan. A vos os toca calmar este pueblo agitado: apoyad la mocion que yo he hecho de los donativos patrióticos; abrid vuestras arcas, proporcionad la abundancia de granos y haced que el pan baje al precio que pueden pagarlo los necesitados.... De este modo, monseñor, confundireis las injustas sospechas de los envidiosos, gozareis de verdadera gloria y dareis el mayor brillo que pueda tener al título de primer príncipe de la sangre.»

A una carta tan fuerte no podia esperarse respuesta; mas, pronto hizo veces de tal, la pérdida del empleo de su hijo.

Era su mayor anhelo que la revolucion hubiese podido verificarse sin trastornos ni conmociones intestinas. La muerte de Favras la afligió hasta lo sumo, y exclamó: «Ya van ocho meses que no oigo hablar sino de conjuraciones y enemigos de la patria, y para destruir esas vanas fantasmas día y noche veo alarmados á todos los ciudadanos, de cuatro meses arriba. ¡Y qué conspiraciones se han descubierto? ¡cuantos traidores se han castigado? ¡á qué ha quedado reducido todo esto? ¡á un suplicio! ¡Y qué suplicio? sí, lo diré con firmeza, un suplicio vergonzoso para la nacion. M. de Favras es víctima de un heroismo loable, que debiera haberse respetado: creyó que su rey estaba en peligro, y formó el proyecto de salvarle; la inviolable adhesion que tenia á su príncipe y su zelo nada comun le han llevado al patíbulo. Yo le elogio, y no le repruebo sino el no haber mostrado bastante entereza

en sus interrogatorios. Yo en su lugar hubiéera respondido á los jueces: Erigid cadalsos; quise salvar á mi rey, este es mi crimen, lo digo con gloria. Pero este proyecto que yo meditaba en silencio, y que por desgracia no he podido llevar á cabo ¿os parece mas criminal que el de esos infames asesinatos que atacaron y acosaron á los guardias de corps, derribaron las puertas del palacio de nuestros reyes, degollaron sin piedad á uros centinelas que debian morir en sus puestos, violaron la estancia del soberano y persiguieron á la reina hasta en su cama? Y con todo, tamaños atentados, quedan impunes, y á mí... se me conduce á morir!»

Era en 1790 cuando madama de Gouges hablaba con tanta osadía; y no será esta la sola vez que la veremos mezclar en sus opiniones demagógicas reminiscencias realistas.

Cuando el destierro de M. Necker, despues de la sesion regia, juzgando madama de Gouges que estaba perdida la corte, hízola enérgicas manifestaciones en un escrito que mandó imprimir apresuradamente, y superando la timidez de su sexo voló al palacio firmemente decidida á hablar al rey en persona. «Tan solo con la fuerza, dijo, hubieran podido distraerme de mi empresa; pero quedó frustrada porque el rey no salió de su estancia (1).»

Lo mas singular es, que movida de una estravagancia que se reproduce en muchos pasages de sus folletos, no ve mas posibilidad de salvar la hacienda sino volviendo á llamar á Calonne para asociarle con Necker. Si bien ella misma presenta la objecion que aquel, simulando regularizar esta parte de la administracion, no hizo otra cosa que desordenarla mas y mas; que pagó á los acreedores del estado, pero dejó á este aun mas empeñado; que no trató sino de inspirar confianza para que no se echáran de ver sus dilapidaciones; que se mantuvo algun tiempo en la silla porque permitió que los cortesanos forrajeasen en el tesoro público, para que á él le fuese mas fácil hacerlo; y finalmente que cuando ya no hubo mas que robar, estos mismos le espulsaron: sin embargo, ella tes-

(1) Partida de madama Necker, pág. 10 y 11.

taruda, no hacia mas que repetir este dicho manoseado: «Si Calonne ha sabido buscar su provecho, con mayor razon debe quedar, porque iba á llegar el momento en que hubiérase buscado el nuestro.» No sabia dar otras razones: sin Calonne no podia marchar la hacienda; no habia mas Newton que él que pudiese despejarla y resolver su movimiento. Por otra parte, sus opiniones relativamente á los hombres y las cosas, no seguian mas impulso que el de su conciencia. «¡O verdad que siempre me has guiado, esclama con efusion, privame de los medios de escribir si jamas he de separarme de mi conciencia iluminada por tí; pero perdóname si alguna vez, entusiasmada por engañosas apariencias, he elogiado á los que no lo merecian! Algun dia verá el público en mis confesiones cual fué mi carácter y cual mi existencia (1).»

Con la misma facilidad la hacia volver atras su inesplicable fluctuacion de ideas como la habia hecho arrojarse adelante (2). Sobrecogíase con sagrados temores á favor del trono y arrebatos de sensibilidad en pro del monarca: «Por mas que corra á un precipicio, decia con tono profético, ciégame el dolor y me impele á las gradas del trono! Señor, os engañan! Todos los ciudadanos tienen las cabezas exaltadas; la fermentacion ha llegado á su colmo y sus efectos serán crueles y espantosos! (3). ¿De qué sirven esas asambleas? quienes son sus oradores? qué moral aprende en ellas el pueblo? Sabeis lo que al pueblo se le enseña? á separarse de sus deberes, á creerse autorizado para emprender cualquier cosa, y á entregarse al ocio, con que se aumenta su miseria... Y cuando al fin carezcan de todo medio de subsistencia ¿qué harán esos hombres fuertes y robustos? Contéstennme los buenos ciudadanos á quienes sin duda horroriza esta idea... Y luego, ¿qué significan todas esas diputaciones vagabundas que llegan á todas horas á los estados generales? ¿Qué ley las au-

(1) *Una carta al pueblo*, pág. 10.

(2) Refiere ella misma con bastante candidez, que decia: Si esa muger no tuviese cohetes en la cabeza, algunas veces nos diria excelentes cosas.

(3) *Folleto para salvar la patria*, etc. páginas 6 y 7.

toriza?... ¿Qué policía permite esas públicas tribunas?» (1). En otras ocasiones clama por el regreso de los príncipes, y opina que su separacion es causa de los trastornos (2).

Hablando siempre en el mismo sentido, decia que no era menester que el pueblo arrancase con harta violencia las ramas del árbol de la monarquía, no fuese que quedase con él derribado. «Si llevais una mano harto atrevida á la colmena del estado, ocasionais una perturbacion que ya no podreis gobernar; las abejas se dispersan, deja de producir el enjambre, y gracias si su encono no se vuelve contra vosotros y si desde luego no os atormenta con sus mortales agujones!»

Este último pensamiento rebosa de verdad; porque no puede pasarse repentinamente á instituciones democráticas y lo que hace la fuerza brutal por de pronto no es mas que presentar de ellas un simulacro. Tan solo por medio de constantes y fuertes tendencias populares se logrará estirpar, y esto insensiblemente y á la larga, la mayor parte de las raíces aristocráticas que infectan la sociedad, raíces agarradas y engastadas que la lima del buen sentido acabará por anivellar y estirpar.

Un dia le preguntaron porque no hacia un diario, y contestó: «Yo, hacer un diario! no pegaria por demasiado verídico y severo. — Pues hay probabilidad de que tendria mucha influencia, y que al paso que coadyuvaria al bien del pais, Vd. ganaria muchísimo dinero. — Por lo que toca al dinero, aunque me hace falta como al que mas, es de lo que menos me acuerdo; y si á tanto llegase como á escribir un diario, daria una prueba de mi desinterés no cobrándome mas que los gastos.» En seguida le propusieron varios títulos, que á su modo de ver no se conformaban ni con sus obras ni con sus principios. «El único título que pueda convenir al autor, es *el Impaciente*: la curiosidad del público no podria menos que moverse al ver un periódico redactado por madama de Gouges con el título de *Impaciente*, y probablemente todos lo estarian por leerlo.»

(1) *Carta al duque de Orleans*.

(2) *Orden nacional*, pág. 7 y 8.

El lector no verá sin interés en este lugar una anécdota que ella refiere acerca el mayor general Gouviou, que murió como Turenne á la boca de un cañon. La explica de este modo: «Fuí á verle en el palacio de las Tullerías, que él llamaba su prision. — ¿Me permitirá Vd., le dijo él, que tome mi querida (la pipa)? — Entablóse la conversacion sobre la injusticia con que obran los ministros contra los buenos patriotas, y particularmente aquellos ministros que todo lo deben á la causa popular. — Yo considero la virtud de los hombres, dijo el general, como el humo que sale de mi pipa, que se evapora á discrecion de la suprema region del aire; lo mismo sucede con los cortesanos y ministros respectivamente á los reyes: sus virtudes revolotean y se disipan segun el viento que sopla (1).» Ese hombre cansado ya de los vaivenes políticos, buscó la tranquilidad en los campos de batalla, donde halló por lo menos la muerte de los valientes.

Confesaba Olimpia de Gouges que no empleaba el arte suficiente para emitir sus ideas, las que, si bien eran *escelentes*, publicaba sin desbatar, y otros tenian cuidado de pulirlas y adornarlas para luego apropiárselas. Comparábalas con diamantes en bruto, y á veces decia despechada: «Todo el brillo y honor queda para mis lapidarios.»

Fué la primera que concibió el plan de una contribucion patriótica, por cuyo medio, juzgando de la disposicion de los ánimos por el generoso entusiasmo de que el suyo estaba poseido, contaba cubrir el enorme déficit cuya sima habian ido profundizando el fausto y los descomedidos gastos de los últimos reyes, sima en que debia hundirse al parecer toda la riqueza pública. Por desgracia, no era cosa que pudiese remediarse con algunos donativos reclamados de los sobrantes de la nacion; la venta de los bienes del clero habia de servir mas tarde á este objeto, la de los bienes de la nacion igualmente, y por fin la de los bienes de todos esos grandes señores que se habian enriquecido con los sudores del pueblo, que tanto habian contribuido en acrecentar la deuda del estado, y cuya fortu-

(1) *Monitor*, año 2.º, n.º 46.

na, por medio de un cambio justo y tardío, volvió á las manos de aquellos á quienes habia sido arrebatada. Así, propuso madama de Gouges reformas de gastos en todas las clases del estado, llevando por objeto el impuesto cuya idea habia desarrollado. Presenta interesantes cuadros de los ofrecimientos voluntarios que cada uno hará á la patria: grandes y pequeños, ricos negociantes y pobres operarios, el labrador y el habitante de la ciudad, todos querrán contribuir á esta grande obra. Dos jóvenes al estrechar el lazo nupcial no tendrán por venturoso su enlace sin dejar de enviar su ofrenda; y hasta la tierna educanda hará su fondito de reserva para presentar tambien la suya (1).

No se concretó á escribir madama de Gouges, sino que ofreció á la asamblea nacional la cuarta parte de sus réditos, y el producto de un drama (2).

A poco se congratuló del buen éxito de su carta y del entusiasmo que habia producido (3).

Ora sea coincidencia, ora relacion de causa y efecto, léese en la *Historia de la Revolucion* por dos amigos de la libertad, tomo I, en 8.º, pág. 314: que en aquella época el fuego patrio parecia diariamente acrecentarse; que se multiplicaban los donativos; que se presentaban en la Casa-Moneda joyas y vagilla; que en cuanto se hubieron agotado las primeras prendas hasta se enviaron las hebillas; que, siguiendo este generoso ejemplo, la asamblea nacional, la Francia toda se dió prisa en imitarlo; que sin incurrir en la nota de falto de civismo nadie pudo conservar platos, fuentes ni hebillas de plata; y finalmente que hubo naciones extranjeras que quisieron participar del honor de ausiliar á un pais que fué la patria comun de todos los amigos de la libertad, entre otros los habitantes de Neuchatel que hicieron á la Francia un donativo de la cuarta parte de sus rentas, ofrenda que fué recibida con estremos de gratitud.

(1) *Carta al pueblo*.

(2) *Carta á los representantes de la nacion*, pág. 8.

(3) *Los comediantes sin máscara*, notas.

Madama de Gouges no se manifiesta inclinada en su folleto á hacer que la reforma pese igualmente sobre la casa real, diciendo: «El soberano no solo debe inspirar respeto y veneracion á sus súbditos con el esplendor que le circunde, sino aparecer á la vista de los pueblos extranjeros con un brillo capaz de darles la mas elevada idea de los recursos de la nacion. (Opina que debe echarse á los ojos un poco de pólvora política.) En todo tiempo la corte de Francia ha sido la primera de Europa, y si se trata de obscurecer demasiado su lujo, dejará de ser la misma corte de Francia. Todo buen francés reconocerá esta verdad, que necesariamente ha de entrar en la política de la monarquía el sostener al trono en la esfera á que se ha elevado.» Tampoco habla de reducciones en las asignaciones de los ministros y grandes dignidades del estado. Nada extraño es que una muger que habia sido mundana, y que aun experimentaba las últimas influencias de una aristocracia moribunda, se dejase alucinar por estas ideas y les pagase ese postrer tributo, en un tiempo en que no se sospechaba que pudiesen simpatizar siquiera con la apariencia de un régimen democrático.

En aquella época todos estaban imbuidos en la idea del enorme poder que dimanaba de contentarse con poco, y de la grandeza del Fabricio de Virgilio: *parvo potens*. Toda mira de fortuna que vieses asociada con los altos destinos del estado les parecia mortal á los intereses de este; y el ascenso á los empleos era considerado mas bien como un acto de abnegacion que como un motivo de esplendor. *La opulencia es una infamia*, decia Saint-Just; y en el sentir de muchos este dicho significaba mucho mas que lo mas complicado y profundo que hayan pensado Montesquieu y todos los demas. Si los puestos eminentes no fuesen mas que una carga pesada, que reportasen mas gloria que provecho, no vendria el caso de abalanzarse á porfia sobre ellos cual perros sobre la caza, ni sirvieran de ancho palenque donde se contendieran mezquinos intereses personales, lucha de frívolas consideraciones y de miserables etiquetas políticas, sostenida, mientras la herida alcanza al corazon del estado, mas bien para cobijar sus malés y tal vez aprovecharse de ellos, que para procurarles un remedio. Ya

no se pagaba el buen sentido de los pueblos con un fausto que no sirve sino para hacer imitadores; todo el mundo sabe cual es la riqueza de una nacion, sin necesidad de ver el boato de sus príncipes, y ya esta clase de oropeles no deslumbraba á nadie; pero una muger á cuya vista la compostura es el todo, necesariamente ha de ser la última en repudiarlos.

En medio de sus trabajos políticos tuvo que pasar madama de Gouges por los chismes y disgustos que siempre traen consigo. Tan pronto la tachaban de ultra-republicana como de fanática realista. Habia quien suponía que estaba vendida al gobierno, á lo que ella contestaba. «¡Infeliz de mí! en prueba de que jamas he traficado con mis obras, que, no tan solo he perdido tras ellas mi sosiego y salud, sino tambien mis intereses; y, lo que es mas para un alma ardiente cual la mia, he renunciado á los afectos del corazon. Mas ¿qué me importa? todo lo sufriré resignada, puesto que es tan noble y hermosa la causa que sostengo! (1)»

Cuando publicó el folleto en que tuvo la osadía de pedir la suspension por seis meses de los estados generales, con el fin de dar tiempo á las cabezas de enfriarse, y á las provincias de remitir nuevas actas y suavizar la aspereza y severidad del poder; y especialmente cuando propuso un regente (en 1789, reinando todavía Luis XVI), invitando al que se considerase digno de serlo á que se nombrara á sí mismo (2): tuvo el sentimiento de ver este escrito recogido, aunque su persona no fué molestada (3).

Sin embargo, nada era capaz de entibiar su ardor: propuso la abolición de la mendicidad, é hizo una pintura espantosa de la insalubridad del hospicio de san Dionisio, ofreciendo el producto de sus obras para contribuir á la ejecución de su proyecto (4). Quiso finalmente que se confiriere á las mugeres la condecoracion de la orden nacional, siempre que se hiciesen beneméritas de la patria.

(1) *Aviso urgente*, pág. 7.

(2) *Sesion regia*, pág. 16.

(3) *Carta á los representantes de la nacion*.

(4) *Felicidad primitiva*, pág. 96.

Hacia el mes de setiembre de 1789, dirigió á Mirabeau un opúsculo titulado *Discurso del ciego á los franceses*, en el cual, al paso que le elogia por su talento como escritor y particularmente como orador, ya deja traslucir algunas dudas y zozobras relativamente á su conducta equívoca y versátil, y le estimula á persistir en la via de regeneracion que él fué de los primeros en abrir á la Francia, pronosticándole que siguiendo esta marcha se hará acreedor á que le erijan estatuas.

Mirabeau le contestó en 12 del mismo mes con la carta siguiente: «Estoy infinitamente agradecido, madama, á la distincion que le he merecido á Vd. de dirigirme su obra. Creí antes de hoy que las gracias tan solo se adornaban con flores; mas veo en Vd. una fácil concepcion y una cabeza fuerte, que han elevado sus ideas; y la carrera que Vd. ha seguido, tan rápida como la revolucion, ha conseguido cual ella mil lauros. Reciba Vd., señora, las mas espresivas gracias, etc.» Suponia que Mirabeau decia con respecto á ella: Debemos á una ignorante grandes descubrimientos (1).

Dejemos que madama de Gouges relate por sí misma la prosecucion de sus trabajos. «Cuando M. Mercier, diputado de la convencion (2), me vió lanzada á la peligrosa carrera donde han tropezado tantos grandes hombres, atemorizóse por mí, y me aconsejó que retrocediera y me retirara cuando aun era tiempo; mas yo altiva y osada como Rousseau, no quise desistir de mi empeño.

«Publiqué mis *Reflexiones humanas y patrióticas*, donde pinté con energía las miserias del pueblo. Este impreso atemorizó á los ricos y á la corte. Derramóse la beneficencia sobre los pobres operarios sin trabajo; propuse los talleres públicos, y fueron adoptados, pudiendo gloriarme de haber electrizado los corazones que aun conservaban algun latido á favor de la humanidad. Léanse los periódicos de la época, y

(2) *Genio frances*, pág. 23.

(1) *Compte moral rendu*.

veráse como una muger fué la primera que llevó al seno de la república los encantos de la independencian y la antorcha del patriotismo.

«La revolucion va siguiendo su curso, y yo la observo con la misma ternura que una madre á su hijo idolatrado. Veo traiciones de toda clase, les quito la máscara, y no quieren creerme; doy cien proyectos útiles, los reciben, pero como soy muger, ni siquiera me lo agradecen.

«Parte Luis XVI para Varennes, y no veo en él sino á un traidor; mas le perdonan, y una vez firmada la constitucion me obligan á perdonarle yo tambien. Yo conocia los vicios de esa constitucion, y habia asegurado en todos mis escritos que era impracticable; no me equivoqué; pero sabia respetar las leyes que de ella dimanaban. Temia yo otra revolucion que produjese un peligroso sacudimiento y precipitase esta malhadada patria en el abismo á cuyo borde se hallaba. Mas el dia 10 la realzó hasta el mas alto grado de esplendor á que pudo llegar.

«Pocos dias despues del famoso Viage de Varennes publiqué mis Cartas (*Adresses*) al rey, á la reina, al ex-príncipe de Condé, etc. Todos recuerdan la energía de dichas cartas, en que se halla la exacta relacion de la suerte de Luis Capet. ¿Qué no hice yo para que llegaran á sus manos! Pronto me ví asaltada de infinidad de emisarios desconocidos, entre otros un anciano comendador de Malta, que trató de interesarme en la suerte que decia deplorable de Luis XVI y su respetable familia. Mi respuesta fué tan breve y democrática, que ni siquiera le di tiempo para concluir el período. «Los reyes, le dije, son unos gusanos roedores que consumen hasta el tuétano de los pueblos. — El ex-comendador tomó apresurado el sombrero y el baston, y al salir me dijo: Señora, la creí á Vd. realista. — Si señor, lo soy, pero conforme á los principios de la constitucion, sin la cual no reconozco á ningun rey.» Ocurrió á pocos meses la desgracia del ministro Dupont, á quien se la habia yo pronosticado, enseñándole el abismo sobre que fabricaba el andamio de su fortuna y dignidades. Yo le censuré por haber recibido en la ante-cámara del rey á la diputacion de la asamblea nacional; á lo que él